

UNA COMEDIA DE LA ALTA SOCIEDAD VISTA DESDE ABAJO



THE
NANNY
DIARIES

DIARIO DE UNA NIÑERA

EMMA McLAUGHLIN • NICOLA KRAUS

SUMA

Annotation

Mientras estudia y se costea su microscópico apartamento, Nanny empieza a trabajar cuidando al hijo de los riquísimos Señores X. ¡No sabe lo que le espera! Pronto aprenderá a hacer todo lo necesario para que la Señora X —que no trabaja ni dentro ni fuera de casa— tenga un buen día. Y que Grayer, el niño, coma sólo alimentos orgánicos y se mantenga cuerdo en medio de esa loca familia. Y a acostumbrarse a que el Señor X la trate como si fuera invisible. Y, más importante aún, a conservar el sentido del humor, cuidar de su gato George y atraer la atención del estupendo vecino del sexto.

Las aventuras de Nanny nos asoman a los pisos más lujosos de Nueva York con mucho humor y frescura. Una novela explosiva que llega precedida de un éxito espectacular en Estados Unidos, donde alcanzó el número uno en todas las listas de best-sellers, al igual que en Gran Bretaña.

EMMA Y KRAUS, NICOLA MCLAUGHLIN

The Nanny Diaries (Diario de una Niñera)

Traducción de Manu Berástegui

Santillana Ediciones Generales, S. L.

Sinopsis

Mientras estudia y se costea su microscópico apartamento, Nanny empieza a trabajar cuidando al hijo de los riquísimos Señores X. ¡No sabe lo que le espera! Pronto aprenderá a hacer todo lo necesario para que la Señora X —que no trabaja ni dentro ni fuera de casa— tenga un buen día. Y que Grayer, el niño, coma sólo alimentos orgánicos y se mantenga cuerdo en medio de esa loca familia. Y a acostumbrarse a que el Señor X la trate como si fuera invisible. Y, más importante aún, a conservar el sentido del humor, cuidar de su gato George y atraer la atención del estupendo vecino del sexto.

Las aventuras de Nanny nos asoman a los pisos más lujosos de Nueva York con mucho humor y frescura. Una novela explosiva que llega precedida de un éxito espectacular en Estados Unidos, donde alcanzó el número uno en todas las listas de best-sellers, al igual que en Gran Bretaña.

Título Original: *The Nanny Diaries*

Traductor: Berástegui, Manu

©2002, McLaughlin, Emma y Kraus, Nicola

©2007, Santillana Ediciones Generales, S. L.

ISBN: 9788483650332

Generado con: QualityEbook v0.87

Emma McLaughlin y Nicola Kraus

The Nanny Diaries

Diario de una niñera

TÍTULO original: The Nanny Diaries

© 2002, Emma McLaughlin y Nicola Kraus

© De la traducción: Manu Berástegui

© De esta edición: 2007, Santillana Ediciones Generales, S. L.

Primera edición: noviembre de 2007

ISBN: 978-84-8365-033-2

Depósito legal: M-41.850-2007

A nuestros padres, por leernos siempre un cuento antes de dormir (haciendo las voces) sin importarles lo cansados que pudieran estar.

Y a todos los críos fabulosos que se han abierto camino hasta nuestros corazones a golpe de baile, risa e hipo. Seguimos a vuestro lado.

Nota a los lectores

LAS AUTORAS han trabajado en un momento u otro de sus vidas para más de treinta familias de Nueva York y esta historia está inspirada en lo que han aprendido y experimentado. Sin embargo, *Diario de una niñera* es una obra de ficción y ninguna de dichas familias está retratada en este libro. Los nombres y los personajes son producto de la imaginación de las autoras. Cualquier parecido con situaciones y personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia. Aunque se mencionan algunas instituciones neoyorquinas reales (escuelas, tiendas, galerías y otras), su utilización es ficticia.

«—Deberías oír a mamá hablar de las institutrices: creo recordar que Mary y yo tuvimos al menos una docena en nuestros tiempos; la mitad detestables, las demás ridículas, y todas ellas unas brujas. ¿No es cierto, mamá?

»—Querida mía, ni mencione a las institutrices; la palabra me pone nerviosa. He sufrido un calvario por su incompetencia y sus caprichos; ¡gracias a Dios que ya he acabado con ellas!».

Jane Eyre

Prólogo

La entrevista

Todas las temporadas de mi carrera como niñera arrancaban con una ronda de entrevistas tan surrealista-mente idénticas que a veces pensaba si las madres no se habrían pasado unas a otras un manual secreto en la Asociación de Padres en el que se les decía cómo hacerla. Esta toma de contacto inicial era tan repetitiva como un ritual religioso y me daban tentaciones de, justo antes de que la puerta se abriera, arrodillarme, hacer una genuflexión o decir: «¡Que empiece la función!».

Ningún otro acto representaba este trabajo con mayor exactitud, y siempre empezaba en un ascensor más bonito que la mayoría de los apartamentos neoyorquinos.

* * *

LA CABINA forrada con paneles de nogal me asciende lentamente, como un cubo en un pozo, hacia una posible solvencia. A medida que me acerco al piso indicado inspiro profundamente; la puerta se abre ante un pequeño vestíbulo que da paso, como mucho, a dos apartamentos. Toco el timbre. Experiencia de niñera: ella siempre espera a que llame al timbre, a pesar de que el vigilante de seguridad del portal la ha avisado de mi inminente llegada y probablemente esté esperando detrás de la puerta. De hecho, es posible que lleve esperando ahí desde que hablamos por teléfono hace tres días.

El oscuro vestíbulo, decorado con un sombrío papel Colefax y estampados de flores de Fowler, siempre tiene un paragüero de latón, un grabado de caballos y un espejo, en el que realizo una última comprobación rápida de mi aspecto. Parece que han aparecido unas manchas en la falda durante el viaje en tren desde la escuela, pero por lo demás estoy muy bien: dos piezas de punto, falda de flores y unas sandalias imitación de Gucci que compré en el Village.

Ella siempre es menudita. Su pelo es siempre lacio y fino; parece que siempre inhala y nunca exhala. Siempre lleva unos carísimos pantalones deportivos, zapato bajo de Chanel, una camiseta de rayas francesas y chaqueta blanca de punto. Probablemente, unas discretas perlas. En siete años y tropecientas entrevistas el modelo «soy una mamá muy sencilla con mis pantalones deportivos pero imponente con unos zapatos de cuatrocientos dólares» no ha variado. Y es sencillamente imposible imaginarla haciendo algo tan poco digno como lo que hace falta hacer para quedarse embarazada.

Sus ojos se clavan directamente en la única mancha de mi falda. Me ruborizo. Todavía no he abierto la boca y ya estoy en desventaja.

Me hace pasar al recibidor, un espacio inmenso con el suelo de mármol reluciente y paredes gris champiñón. En el centro hay una mesa redonda con un jarrón con flores que parecen a punto de morir, pero que no se atreven a marchitarse.

Ésta es mi primera impresión del Apartamento que me recuerda una suite de hotel: immaculada pero impersonal. Hasta el dibujo infantil solitario que veré más tarde sujeto con cinta adhesiva a la nevera parece sacado de un catálogo. (En los superfrigos con revestimiento de color personalizado no se pegan los imanes).

Se ofrece a recogerme la chaqueta, mira con desdén el pelo que mi gato me ha dejado pegado para darme suerte y me ofrece algo de beber.

Lo correcto es que yo diga: «Un poco de agua me vendría bien». Pero muchas veces tengo la tentación de pedir un whisky escocés, sólo para ver cómo reaccionaría. Luego me invita a pasar al salón, que varía del esplendor aristocrático al funcionalismo de Ethan Allen, dependiendo de lo antigua que sea la fortuna familiar. Me señala el sofá donde de inmediato me hundo un metro entre los cojines, convertida en una niña de cinco años sepultada entre montañas de cretona. Ella se yergue por encima de mí, tiesa como una vara en una silla que parece terriblemente incómoda, con las piernas cruzadas y una sonrisa tensa.

Ahora empezamos la verdadera entrevista. Dejo con torpeza el vaso de agua húmedo en un posavasos al que parece que habría que poner un posavasos. Ella está abiertamente radiante de felicidad al comprobar que mi etnia es evidentemente aria.

—Bueno —arranca animada—, ¿cómo es que acudiste a la Asociación de Padres?

Ésta es la única parte de la entrevista que se parece en algo a una conversación profesional. Vamos a hacer filigranas por evitar ciertas palabras, tales como «niñera» y «cuidado de niños», porque serían de mal gusto y nosotras nunca, pero *nunca*, admitiríamos que estamos hablando de la posibilidad de que yo trabaje aquí. Éste es el Sagrado Pacto de la relación madre-niñera: hablamos de un placer, no de un trabajo. Sencillamente estamos «conociéndonos un poco», de la misma manera en que me imagino que una prostituta y un cliente hacen sus negociaciones mientras intentan no cargarse la atmósfera.

Lo más cerca que llegamos a la idea de que yo hago esto por dinero es el tema de mi experiencia como niñera, que yo describo como un hobby apasionante, muy similar a la cría de perros guía para ciegos. A medida que progresa la conversación, me convierto en una experta en desarrollo infantil, que intenta convencernos a ambas de la necesidad de satisfacer mi propio espíritu criando a un/a niño/a y participando en todos los estadios de su crecimiento; un simple paseo al parque o a un museo se convierte en un viaje de gran valor sentimental. Cito divertidas anécdotas de mis pasadas ocupaciones refiriéndome a los niños por sus nombres: «Todavía me maravilla el progreso cognoscitivo que experimentaba Constance con cada hora que pasábamos jugando en la arena». Me noto parpadear y me veo a mí misma girando el paraguas al estilo Mary Poppins. Ambas nos quedamos unos instantes en silencio, imaginando mi estudio empapelado con dibujos pintados con los dedos y diplomas de doctorado de Stanford.

Ella me mira expectante, preparada para mi demostración,

—*¡Me encantan los niños! Me encantan sus manitas y sus piececitos y los sándwiches de mantequilla de cacahuate y que se me pringue el pelo de mantequilla de cacahuate y Elmo, me encanta Elmo, y tener el bolso lleno de arena y jugar al corro, ¡nunca me canso!, y la leche de soja y las*

mantitas de bebé y la interminable lluvia de preguntas para las que nadie tiene respuesta, quiero decir, ¿por qué el cielo es azul? ¡Y Disney! ¡Disney es mi segunda lengua!

Las dos oímos la canción *En un mundo nuevo* como fondo musical cuando le aseguro que cuidar de su hijo sería, más que un privilegio, una aventura.

Está abrumada, pero aún quiere llegar más al fondo. Ahora quiere saber *por qué*, si soy tan fabulosa, quiero cuidar de su hijo. Vamos a ver, ella lo ha parido y no quiere cuidarlo, ¿por qué iba a hacerlo yo? ¿Estoy pagando la financiación de un aborto? ¿Es para fundar un grupo de izquierdas? ¿Cómo es posible que ella haya tenido tanta suerte? Quiere saber qué estudio, qué pienso hacer en el futuro, qué pienso de los colegios privados de Manhattan, a qué se dedican mis padres... Respondo con todo el sentimiento y la mayor desenvoltura de la que soy capaz, tratando de inclinar la cabeza levemente como Blancanieves cuando escuchaba a los animalitos. Ella, por su parte, prefiere adoptar una pose más Diane Sawyer, esperando respuestas que le confirmen que no estoy allí para robarle el marido, las joyas, las amigas o su hijo. Por ese orden.

Experiencia de niñera: en ninguna de mis entrevistas se han comprobado mis referencias. Soy blanca. Hablo francés. Mis padres son universitarios. No tengo *piercings* visibles y he ido al Lincoln Center en los dos últimos meses. Estoy contratada.

Se levanta con renovadas esperanzas.

—Permíteme que te enseñe la casa...

Aunque ya hemos entrado en contacto, ha llegado el momento de que el Apartamento juegue su baza más fuerte. Cuando entramos en ellas, las habitaciones parecen sacudirse el polvo ellas mismas para añadir aún más brillo a las superficies ya cegadoras. Este Apartamento ha nacido para que lo recorran. Cada habitación, enorme, se conecta con la siguiente mediante una serie de minipasillos, con el

espacio justo para contener un original enmarcado de éste o de aquél.

Con independencia de que lo que tengan sea un bebé o un adolescente, durante el recorrido nunca se descubre el menor vestigio de un niño. De hecho, no existe el menor vestigio de nadie: ni una sola fotografía familiar. Más tarde descubro que todas están discretamente encerradas en marcos de plata de Tiffany y hábilmente arracimadas en un rincón del cuarto de estar.

La ausencia de un par de zapatos tirados o de un sobre abierto hace que resulte difícil creer que el escenario por el que me conduce sea tridimensional; parece un apartamento como del *Potemkin*. En consecuencia, cada vez me siento más incómoda y más insegura de cómo demostrar el asombro que se espera de mí sin decir: «Sí, ñora, qué bonito qu'és to esto; amos que sí», con un fuerte acento barrio-bajero y acompañado de una reverencia.

Afortunadamente, ella está en movimiento perpetuo y no se presenta la ocasión. Se desliza en silencio delante de mí y me sorprende lo frágil que parece su complexión en contraste con el recargado mobiliario. Fijo la mirada en su espalda mientras pasamos de una habitación a otra, en las que se detiene brevemente para hacer un gesto circular con la mano y decir el nombre de la estancia, y yo asiento con la cabeza para confirmar que, efectivamente, es el comedor.

Durante el recorrido, dos informaciones me tienen que quedar muy claras: 1) que pertenezco a un nivel inferior, y 2) que tengo que estar en alerta máxima para que el niño o niña, que también pertenece a un nivel inferior, no raye, rompa, manche o estropee un solo elemento del apartamento. El guión codificado de esta comunicación es como sigue: ella se vuelve y «menciona» que realmente no tendré que hacer ningún trabajo de casa y que Hutchison «prefiere» jugar en su cuarto. Si existiera la justicia en el mundo éste sería el momento en que se tendría que dar a las niñe-

ras unas barreras de las de cortar carreteras y una pistola de dardos adormecedores. Estas habitaciones están destinadas a convertirse en la maldición de mi existencia. A partir de este momento, más del noventa y cinco por ciento de este apartamento no será más que el decorado borroso de carreras, súplicas y órdenes terminantes del tipo «¡¡¡Deja la lechera de porcelana de Delft!!!». También estoy a punto de conocer más clases de líquidos limpiadores que tipos de suciedad supiera que existían. Será en la despensa, guardados en una estantería alta encima de la lavadora-secadora, donde descubra que la gente importa de Europa detergentes especiales para la taza del váter.

Llegamos a la cocina. Es enorme. Con unos cuantos tabiques podría albergar fácilmente a una familia de cuatro miembros. Ella se detiene y apoya una mano de uñas perfectas en la encimera, adoptando una pose familiar, como un capitán al timón a punto de dirigirse a la tripulación. Sin embargo, yo sé que si le preguntara dónde está la harina, el resultado sería media hora de búsqueda entre utensilios de cocina sin estrenar.

Experiencia de niñera: puede que en esta cocina consuma montones de agua Perrier, pero nunca ha comido en ella. De hecho, a lo largo del trabajo nunca la veré comer nada. Aunque no es capaz de decirme dónde está la harina, probablemente puede localizar los laxantes en el armario de las medicinas con los ojos cerrados.

El frigorífico está siempre a reventar de verduras frescas meticulosamente troceadas guardadas en *tupperwares* y al menos dos paquetes de tortellini de queso frescos que su hijo prefiere sin salsa. (Lo que significa que en la casa no hay ninguna salsa tampoco para mí). También está la sempiterna leche orgánica, una botella de vino Lillet abandonada, mermelada Sarabeth y montones de *ginkgo biloba* refrigerado («para la memoria de papi»). El congelador está hasta arriba del secreto inconfesable de mami: congelados de pollo y polos. Al mirar el contenido del frigo pienso que

la comida es para el niño; los condimentos para los mayores. Uno puede imaginarse una comida en la que los padres meten palillos en un bote de tomates desecados Grace's mientras la criatura se empapuzza una orgía de fruta fresca y comida congelada.

—La verdad es que las comidas de Brandford son bastante sencillas —dice señalando los alimentos congelados mientras cierra el congelador. Traducción: pueden darle de comer esa mierda los fines de semana con la conciencia tranquila, porque saben que yo le prepararé comidas macrobióticas de cuatro platos entre semana. El día llegará en que mire los coloristas envases del congelador muerta de envidia, mientras recaliento el arroz salvaje de Costa Rica para mayor seguridad digestiva del crío de cuatro años.

Abre la despensa (que es lo bastante grande como para ser la casa de veraneo de la familia de cuatro miembros que podría vivir en la cocina) y revela un nivel de provisiones como para el holocausto nuclear, como si la ciudad estuviera en peligro permanente de ser saqueada por una banda de fanáticos de la comida sana de cinco años. Está a tope de toda clase de zumos envasados, leche de soja, leche de arroz, galletas orgánicas, barras de cereales orgánicas y frutos secos orgánicos que se le hayan ocurrido al nutricionista consultado. Los únicos productos con aditivos son los de una estantería de galletas Goldfish variadas, entre las que se incluyen las sin sal y las poco populares con sabor a cebolla.

En toda la cocina no hay ni rastro de alimento lo bastante grande para llenar la mano de un adulto. A pesar del mítico «coge lo que quieras», pasarán unas cuantas noches de famélicas cenas a base de pasas antes de descubrir LA BALDA SUPERIOR, que parece estar protegida por trampas y cubierta de polvo, pero contiene los muy codiciados regalos de gourmet que han sido abandonados a su suerte por mujeres que consideran que el chocolate es como una granada en la caja de Pandora. Bombones de Barney, trufas